



P R O M E T E O

La vida del miedo

Un fantasma recorre nuestra sociedad: es el fantasma de los pibes chorros. El espectro de estos jóvenes faunos ya no sólo atemoriza, sino que ha modificado la vida misma de nuestras sociedades. La gente vive con miedo real. Todas sus conductas y costumbres pasaron a estar organizadas en torno a ese miedo. Las familias se gastan fortunas en adquirir equipos de seguridad, tanto tecnológicos: cámaras, alarmas, como humanos; es decir, vigilantes, guardianes, etc. Pero ese miedo no se agota en la definición clásica del diccionario que habla de una *"sensación de angustia provocada por la presencia de un peligro real o imaginario"*. No es un miedo pasivo, que se queda a la espera del arribo de *las bestias*; es un miedo activo, que hace vivir, que fecunda motivos de conversación, que junta a las personas, que las ayuda a encontrar rápidamente un sentido existencial. Encuentran una razón para justificar sus días remodelando los cuidados para que no les roben. El peligro latente del "caco" los mantiene alertas, los hace pensar y, sobre todo, les ayuda a expresar y liberar emociones. Se manifiesta un odio visceral que se corresponde con un amor cada vez más grande hacia la propiedad y los objetos de consumo. A más amor hacia las cosas, más odio hacia quien pretenda quitármelas. Por eso podemos hallar todos los días, en los muros de Facebook o Instagram, el relato de quienes, a través de insultos y maldiciones, cuentan que les fue robado su celular. Marcando su furia, exigiendo venganza.

Siempre se considera *robo* al robo directo de los objetos, pero pocos tienen en cuenta la planetaria administración

delictiva que tutelan esos objetos. Pocos asignan con el mismo rótulo de *robo* a las cifras que debemos abonar cada mes a las compañías multinacionales que administran nuestros teléfonos, los aumentos repentinos, los precios de servicios que supuestamente iban a ser unos y terminan siendo otros. No, la *gente común* no puede ni quiere aceptar que eso es un robo; le busca otro nombre: corrupción, avaricia o ambición. Se justifica de mil maneras diferentes el hecho de que no podemos equiparar a los sujetos dueños de compañías, o al empresariado en general, con los pibes chorros. Quien al escribir sabe que al plantear este tema se somete al peligro de la malinterpretación nerviosa, y a ese grito ridículo de la ira ciudadana que inmediatamente, si uno habla de estas problemáticas, te bendice con frases del estilo de "Eso porque a vos no te robaron, esperá que te roben y vamos a ver si seguís pensando lo mismo"; "¿Qué, estás haciendo apología del delito?".

Hipocresías y varas dobles

Es un dato importante aclarar que la mayoría de los llamados *pibes chorros* son aquellos que cometen delitos contra la propiedad y nunca, o casi nunca, cometen ataques del orden sexual. Buscan, sobre todo, sustraer bienes materiales. La mayoría de ellos se declaran delincuentes y el violador, para sus códigos marginales, es digno de desprecio y muerte. En cambio, en el ámbito público el criterio moral de las masas frente al violador no suele ser el mismo con el que se juzga a los pibes chorros. Por dar un ejemplo: si en el vagón de un tren una chica empieza a gritar que un hombre la acosa; es muy probable que muchas de las personas que viajan en ese momento no intervengan y, si lo hacen, lo harán muy tímidamente. Muchas mujeres, conscientes de esta indiferencia, no se animan a estallar de furia cuando sufren todos los días estas aberraciones. En cambio, si alguien grita que le robaron el celular, todo el vagón, el tren y los que esperan, en la estación también, harán lo posible e imposible para capturar, linchar y, si pueden, despedazar al ladrón. El mismo ejemplo se puede encontrar en los comentarios que reciben muchas mujeres en redes sociales cuando se atreven a denunciar

algún hecho de violencia de género. Pero si publican que les acaban de robar, es muy factible que les lleven mensajes de solidaridad.

Linchar a un pibe chorro es una puerta hacia la redención comunitaria; eso siente el ciudadano. Cree que así se transforma en un verdadero héroe. No alcanza con decir que a esta situación se llega por la manipulación de los grandes medios, que necesitan de la inseguridad para generar contenidos y rellenar el tiempo. La inseguridad, como nos dijo Michel Foucault, es una materia instalada en los medios, como el clima o los deportes. Pero si imagináramos un panorama donde los medios dejaran de existir, el sentimiento de odio y venganza que siente la población civil hacia los pibes chorros no decrecería; se mantendría o se inventarían otros medios para exhibirlo y educar a las masas bajo la sombra del miedo. "Uno vive 'del', 'por', 'con', 'en contra' y 'en favor' del delito, pero no son sin él", decía el criminólogo argentino Elías Neuman. También me resulta necesario aclarar que intento no pensar a los pibes chorros como simples chivos expiatorios del capitalismo o feroces consecuencias de la desigualdad del sistema.

Cito nuevamente a Marx y su texto *Elogio del crimen*, donde remarca que el delincuente produce riqueza, tanto material como simbólica, por lo tanto, si produce es causa más que consecuencia: es lo que produce, no el producto. En el plano económico, siguiendo la reflexión de Marx, el pibe chorro es la razón del salario de múltiples disciplinas. Desde el policía al abogado, desde el trabajador social al psicólogo y el psiquiatra, pasando por los periodistas, los empresarios que venden sistemas de alarmas, etc.; todos están determinados conscientemente por la labor del pibe chorro. Y en el plano imaginario también es generador de empleo y una renovable materia prima, ya que son muchísimas las películas y series de televisión que, desde un punto de vista morboso e inverosímil, viven abordando el tema de la delincuencia.

"Vuestra literatura, vuestras bellas artes, vuestras diversiones de sobremesa celebran el crimen. El talento de vuestros poetas glorifica al criminal, que en la vida odiáis", decía Jean

Genet en "El niño criminal". Es decir que puede suceder que, en el mismo día que un trabajador linchó a un roba-celulares junto a una manada de trabajadores, al finalizar la jornada puede llegar a su casa y poner en la tele series como *El marginal*, *Prision Break* (entre decenas de ofertas) y deleitarse alegremente frente a las imágenes del juego policía-ladrón.

Violencias a diferente escala

La figura del pibe chorro es imprescindible para el capitalismo; este es un correlato de aquel, una miniaturización de su esencia. La violencia del pibe es quien tiene la tarea de representar individualmente la violencia sistemática inherente a nuestra sociedad. El pibe es una continuidad, no una ruptura del orden. Un sistema sustentado en el robo, organizado en base a la propiedad (que es el primer robo, como decía Bakunin). Donde pocos dudan en exhibir sus adquisiciones materiales y simbólicas frente a niños de pies descalzos y estómagos vacíos. Pero la violencia innata del capitalismo en todas sus formas es naturalizada por el ciudadano, no molesta, no se cuestiona: al contrario, se defiende, se lucha por ella. Me pueden robar la fuerza de trabajo, la mayor parte de mi tiempo biológico, pueden sacarme mi trabajo, mi casa, pero *un negro de mierda no puede robarme nada*. El asaltado accede a una ira cósmica, casi sobrenatural. El robo sufrido los hace descubrirse a fondo. Gracias al pibe chorro, el ciudadano se involucra en su realidad social, protesta, sale a marchar, convoca a otras víctimas, se reúnen, hacen pancartas, piensan consignas, logran modificar leyes. Otros, gracias al delito sufrido, se transforman en flamantes políticos profesionales.

Ahora es necesario hablar de los lugares de donde suelen salir esos pibes chorros. Basta pegarse una vuelta por cualquier cárcel a realizar una encuesta y se constatará lo que todo el mundo sabe: a la cárcel van los que cometen delitos, sí, pero con la condición de que sean pobres. Actualmente, en esos espacios de donde provienen la gran parte de los pibes chorros encarcelados no hallaremos ningún síntoma de piedad por parte de la población de sus pares hacia ellos. Todo lo contrario, se lincha también a los pibes chorros, se

los denuncia, se llama a la policía y se los apunta en la villa misma. Lo llamativo es que esos pibes chorros, muchas veces, son hijos o familiares directos de los denunciantes, que antes de intentar contener o escuchar las razones que tiene el pibe para salir a robar, prefiere entregárselos a las fieras del universo penal.

Invasión

Durante el kirchnerismo, hubo un desembarco monstruoso de las fuerzas de seguridad en muchas de las villas consideradas *de mayor riesgo*. Gendarmería, Prefectura, Policía Aeronáutica, empezaron a entrar a los barrios, mejor dicho, más que entrar, a *invadir* la vida con prepotencia, inhumanidad e impunidad. Esta acumulación de crueldades hizo que buscara respaldo en los vecinos para denunciar a los efectivos por el maltrato que efectuaban a los habitantes de mi barrio. Pero, para mi sorpresa, la mayoría de los vecinos estaban contentos con ese desembarco de las fuerzas de seguridad: no sólo apoyaban la presencia de centenares de efectivos, sino que me atacaban y me acusaban de "defender a los chorros". En vano intenté explicar que las vejaciones eran para todos, para los que robaban, trabajaban o estudiaban. Argumenté que todo era un circo, y que acciones como esas por parte del Estado no hacían más que alimentar el motor de discriminaciones de nuestra sociedad ¿Qué puede pensar alguien que pasa con su auto o en colectivo por al lado de una villa y la ve rodeada de patrulleros, perros, caballos, y hasta un helicóptero sobrevolando? ¿Qué se genera en el alma de los niños que crecen con esas imágenes de efectivos exhibiendo sin pudor sus armas, cascos y tanquetas al lado?

La violencia es la memoria del presente. Los pibes chorros, hoy en día, están abandonados hasta por su propia familia, son perseguidos y odiados por su propia aldea, que quizás eran los únicos y los últimos capaces de poder ayudarlos a dejar el camino de las armas y la violencia. Ante toda una sociedad que los ubica en el lugar de la monstruosidad, los pibes no hacen más que asumir su rol. Nos recuerda a una frase de *Iván el terrible II* (1958), la obra maestra realizada por

Eisenstein, cuando en un momento Iván dice: "Soy el que quieren que sea, ¿Acaso no dicen de mí que soy terrible? Pues seré ese, entonces".

Lo que la sociedad, los gobiernos, las ciencias sociales parecen o simulan no entender, es que todos los pibes chorros no son ningunos monstruos ni cuerpos poseídos por el demonio. Son pibes que siguen la lógica del capital, que tienen fe en él y en sus ofertas, como la mayor parte de la sociedad, pero que los medios para alcanzar los fines capitalistas (comprarse cosas, tener éxito, ser respetados por la cantidad de posesiones, etc.) necesitan de la violencia. Los pibes quieren el lujo que les ofrece el sistema como único garante de placer. La única posibilidad que tendrán miles de jóvenes de nuestro país de subirse a un buen auto será robárselo. Las alternativas para ellos, como se sabe, son los trabajos que nadie quiere hacer, siempre y cuando exista la demanda de esas tareas. Los pibes de las villas quieren el brillo de la fama de los futbolistas. La publicidad les dice que todos somos parte del mismo mundo, pero no todo el mundo vive en las mismas condiciones materiales. El pibe chorro sabe que, si trabaja como albañil cincuenta años y ahorra durante todo ese tiempo, sólo así quizás pueda acceder algún día a la compra de un auto nuevo. Pero tampoco encuentra que un albañil sea un ejemplo a seguir, ni en la televisión ni en el mundo en general. No existen novelas o películas sobre albañiles y, si las hay, apelan al sentimentalismo. ¿Cómo hago para pertenecer a ese mundo si yo no tengo nada?, piensa el pibe chorro.

Por un lado, está la derecha que propone como solución asesinar a esos pibes o bajar la edad de imputabilidad. Por el otro lado, está la izquierda, que clásicamente los considera lumpen-proletarios en un sentido despectivo, es decir, saboteadores de la conciencia de clase, traidores a la clase trabajadora, negándoles a esos pibes su fuerza subjetiva.

"Más el joven criminal rechaza la indulgente comprensión, y la solicitud, de una sociedad contra la que acaba de rebelarse cometiendo su primer delito. Habiendo adquirido a los quince o dieciséis años, o antes, una mayoría de edad que los

más valientes no tendrán ni siquiera a los sesenta, él desprecia su bondad", sintetiza Jean Genet.

Muchos de los pibes chorros, antes de serlo, fueron niños de la calle. Nuestras vanguardias iluminadas afirman que detrás de los niños de la calle hay siempre un adulto manipulador: es la excusa habitual para evitar dar limosna. Cuesta creer que existen niños que ya son veteranos, autónomos y reyes absolutos de su realidad. Hay niños de la calle con un radiante carisma, una lucidez humillante y un coraje despiadado para la supervivencia, sabiendo que siempre se puede morir en un rato.